

los ideales del *dominium mundi*. Y en la parte segunda estudiaba la proyección de esta política del Papado de aquella época sobre la Península Ibérica.

El régimen de cristiandad es el propugnado por el poder autocrático que pretenden tener los Papas. Estos Pontífices duros con los Reyes, como Hildebrando, el Papa Gregorio VII, lo fue con el Emperador Enrique IV, no son los defensores del pueblo contra la tiranía imperial, sino unos señores prepotentes que se desentendían de la gente corriente, a diferencia de los grandes santos de los primeros siglos cristianos, como San Ambrosio o San Martín, grandes defensores del pueblo contra la tiranía regia.

Los famosos *Espes de principes* de la época consideran al Rey como un ministro de la Iglesia, y con esa expresión resumen los anhelos alto eclesiásticos de entonces. En aquel tiempo es cuando el Papa puede liberar a los súbditos suyos —los fieles— del juramento de obediencia al Rey cuando el Papa lo excomulga. Así empieza ese amplio clericalismo posterior, en el que todo está subordinado al Papa *ratione peccati*, en razón del pecado que se puede cometer con cualquier acto humano profano.

Punto de vista que indirectamente influye en la teoría posterior de la potestad eclesiástica indirecta sobre las cosas de este mundo. Y así es como los hombres no se liberaron nunca durante la Edad Moderna y Contemporánea de la dominación clerical. Salvo algunas excepciones históricas notables, como la del famoso franciscano Guillermo de Occam, o la de San Francisco de Sales y las de algunos tomistas como Juan de París y nuestros teólogos clásicos del siglo XVI, que negaron al Papa toda potestad indirecta, como la que le concedía, sin embargo, el jesuita San Roberto Belarmino en su moderno tratado sobre el Papa.

Son muy interesantes las reflexiones de Barreiro sobre la ética medieval, representada por Santo Tomás de Aquino. Este santo —de tanta influencia decisiva en el pensamiento católico de siglos— no condena la desigualdad social, sino que la consagra como voluntad de la Providencia. Su visión del mundo, influida por Aristóteles, es jerárquica y estática. El orden es riguroso y no se puede variar. De ahí la estratificación por clases inmovibles por él propugnada, que llega a influir hasta en el pensamiento de León XIII y Pío X en la Edad Contemporánea, cuando pretenden tratar del problema social canoni-

zando la estructura rígidamente jerárquica de la sociedad.

La "economía de intercambio", aparecida en el siglo XI, hizo declinar "la economía natural" del feudalismo, pero no del todo. Y la gran ola de defensores del pobre —como fueron los valdenses, humilati, fraticelli y primitivos franciscanos— merece el olvido de Santo Tomás de Aquino, el cual no introduce esta cualidad revolucionaria —el desprecio del afán de riquezas— en su teología, sino que la eleva como virtud al rango meramente espiritual de los frailes, pero no constituye un elemento social de transformación como lo es actualmente la teología de la liberación y como lo fue ingenuamente —utópicamente— la "pobreza" en esos movimientos heterodoxos del Medievo.

Todo esto lo vierte el autor hacia nuestra Historia hispana para aclarar lo que en ésta se resiste o acepta de este *dominium mundi* que intentaron los Papas.

Y aunque ahora parece que estamos alejados de estas posturas teocráticas, indirectamente estamos bajo la impronta de muchas pretensiones clericales ocultas que se relacionan sutilmente con estos hechos medievales tan criticables, que pueden servir de enseñanza y escarmiento para evitar caer en esos males de cara a nuestra próxima Constitución. ■ E. MIRRET MAGDALENA.

## Hambre americana

Hace años circuló profusamente por los países de habla



Richard Wright.

inglesa un libro de bolsillo que reúne los testimonios desencantados de varios conocidos escritores, todos los cuales tenían en común una reciente experiencia negativa en las filas de algún partido comunista. Entre ellos estaban Arthur Koestler, André Gide, el italiano Ignazio Silone y el norteamericano Richard Wright. El libro se titulaba *The god that failed* ("El dios que falló") y era el típico cóctel anticomunista de guerra fría. Una cosa, sin embargo, era el producto editorial y la finalidad ideológica con que había sido concebido, y otra, muy distinta, el valor de cada uno de aquellos testimonios individuales, cuya sinceridad sería, en cualquier caso, absurdo negar.

Del último de los citados, el novelista norteamericano de raza negra Richard Wright, acaba de traducirse precisamente ahora un relato autobiográfico que recoge las experiencias del autor durante los años dramáticos de la gran depresión en la industrial Chicago, a donde ha-

bía llegado, un emigrante negro más, desde el Estado sureño de Mississippi, en el que naciera en 1908.

A lo largo de las casi doscientas páginas de *Hambre americana* (1), el autor de *Native Son* y *Black Boy*, los dos libros que dieron más fama al autor en los años cincuenta, Richard Wright va poniendo al desnudo, con penetrante capacidad de introspección, la extraordinaria complejidad del alma negra, el retorcido sentimiento de amor-odio del negro norteamericano hacia una civilización que le detesta, pero de la que él se siente parte orgánica, y la autenticidad difícilmente igualada de sus vivencias más profundas, que contrastan poderosamente con la superficialidad de sentimientos y de aspiraciones de los blancos que encuentra a su alrededor. ("Para aquellas ignorantes muchachas blancas —escribe con nada disimulado orgullo de sus compañeras de trabajo—, el comprender mi vida hubiera significado nada menos que una revolución de las suyas". Y también, más adelante, entre crítico y despectivo: "El vocabulario de sus almas eran las letras de las canciones populares".)

A través de las roussonianas confesiones del autor asistimos a la lenta formación del carácter y a la creciente toma de conciencia del joven Wright respecto de sus posibilidades de expresar los sentimientos más profundamente arraigados en el alma colectiva de su raza. Enfrentado a un medio hostil, como cualquier emigrante negro que trata de abrirse camino en

(1) Traductor: Antonio Samons. Editorial Noguer, Barcelona, 1978.

## El Espasa, renovado

COMO en el PSOE, hay un Espasa "histórico" y uno "renovado". El primero es de todos conocido. Es una obra insólita en el panorama editorial español y casi universal. Antonio Ramos-Oliveira dijo así: "¿Cómo ver sin asombro que España, la nación de mayor coeficiente de analfabetismo en Europa, haya dado a las prensas una obra del rango de la enciclopedia Espasa, única en el mundo por su lujo y por sus dimensiones?".

Llevaba mucha razón el gran historiador socialista. La aventura que José Espasa iniciara allá por los comienzos del siglo XX va unida en el mundo a empeños como "Der grosse Brockhaus", la "Entsiklopeditskij slovar", la "Bolchaia sovietskaia entsiklopedia", la Británica... Andando el tiempo, Espasa se fusionaría con Calpe (Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones).

Espasa-Calpe, por una u otra rama, se relacionan en la historia de la cultura española con nombres como Salvat, Gallach, Urgoiti, "El Sol", "La Voz", Papelera Española, Ortega, la Colección Universal, la Casa del Libro, Austral, etcétera.

Ahora aparece el Espasa "renovado". Un nuevo diccionario en doce tomos a color. La nota editorial habla de 25.000 artículos, 26.000 ilustraciones, 11.000 páginas, 12.000 biografías, etcétera. Y en lo inmediato del secuestro y asesinato de Aldo Moro, incluido en su tomo correspondiente. Junto a estos datos está el medio siglo de historia, cumplido a finales de 1975, de la editorial y una tradición con nombres tan notables como Ortega, Lafora, Morente (cuando era civil), Cajal, Pittaluga, Bello, Cereceda o Menéndez Pidal. ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.